



Esta novela ganó el Premio Joaquim Ruyra 2014

Primera edición: marzo de 2015

Diseño gráfico de la portada y del interior: Mariano Rolando
Fotografía de la portada: “Free your mind” de Catrin Welz Stein
Ilustraciones del interior: Teo

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Alejandro Palomas, 2015, por el texto
© La Galera, SAU Editorial, 2015, por esta edición

Bridge. Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

Bridge es un sello de la editorial La Galera
<http://www.lagaleraeditorial.com/es/sellobridge>

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV 2249. Km 7,4
Polígono Ind. Torrentfondo. 08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-1.552-2015
Impreso en la UE
ISBN 978-84-941857-5-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Para Angélica, que no se nos olvide.

*Para Rulfo, porque me enseñas a medir a diario
la ética con el corazón.*

El camino es el mismo para todos.
El destino también.

I

EL PRINCIPIO DE TODAS LAS COSAS

Guille

TODO EMPEZÓ el día que la señorita Sonia preguntó una cosa. En las ventanas había un sol amarillo muy grande y las hojas de las palmeras se movían como cuando papá se despierta temprano y me dice adiós con la mano en la puerta del cole, y como es invierno lleva puestos los guantes verdes.

La señorita Sonia se levantó de su mesa, que es la del profesor porque es la más grande, y dio un par de palmadas que llenaron el aire de tiza. También tosió un poco. Nazia dice que es por la tiza, que te deja la garganta como si te comieras un polvorón y se te quedara la saliva seca, y a veces, si no bebes agua, te vomitas encima.

—Ahora, antes de salir al recreo, quiero que me respondáis a una pregunta, niños —dijo. Luego se volvió hacia la pizarra, cogió una tiza roja y escribió con letras muy grandes:

QUÉ QUIERO SER DE MAYOR

Enseguida levantamos la mano. Todos, hasta Javier Aguilar, que solo tiene una, porque la otra no salió cuando nació, y la mueve así en el aire, muy rápido. La señorita dijo que no con la cabeza una y muchas veces, más de cinco.

—Por orden, niños.

Empezamos por la primera fila y seguimos hasta la última, que es donde me siento yo. La seño apuntó en total:

Tres futbolistas del Barcelona, dos del Madrid, uno del Mánchester y un Iniesta

Seis Rafa Nadal

Dos modelos muy altas

Una princesa (Nazia)

Un médico rico

Tres Beyoncé

Un Batman

Un piloto de nave espacial de videojuegos

Dos presidentes del mundo (los gemelos Rosón)

Una famosa de las que salen en la tele por la noche

Una veterinaria de perros grandes
Una ganadora de *La Voz Kids*
Un campeón del mundo en las olimpiadas

Cuando me tocó a mí, Mateo Narváez se echó un eructo y todos se rieron, pero enseguida se callaron porque a la señorita no le gustan nada los eructos ni los pedos, y puso la cabeza así y dijo: «Chsssttttt, Mateo» dos veces.

Y luego me miró.

—¿Guillermo?

Nazia me dio un codazo y se rio, tapándose la cara con las manos. Siempre se tapa la cara porque dice que en Pakistán, si las niñas se ríen en alto y con la boca abierta, está mal y los padres se enfadan.

—A mí... a mí me gustaría ser Mary Poppins —dije.

La señorita se puso la mano en el cuello y me pareció que a lo mejor se había acatarrado y que le dolía la garganta, aunque no me dio tiempo de preguntar porque enseguida sonó la campana y empezamos a sacar los bocadillos de las mochilas para salir al patio.

—Tú quédate un momentito, Guillermo, haz-

me el favor —dijo. Y después—: Los demás, podéis salir.

Cuando todos se fueron, la señorita vino hasta mi pupitre y se sentó en la mesa de Arturo Salazar, que no viene a clase desde antes de Navidad, porque un día fuimos de excursión a un museo donde guardan muchos planetas y se cayó por una escalera y se rompió una pierna, cinco dientes y dos dedos.

—A ver, Guillermo, cuéntame eso de que te gustaría ser Mary Poppins cuando seas mayor... —dijo.

No contesté porque Nazia, que muchas tardes se sienta en la caja del súper con su madre y sabe muchas cosas de la gente mayor, dice que cuando los clientes acaban la frase así, como para arriba, es que no han terminado de hablar y hay que esperar porque están pensando.

—¿No preferirías ser... otra cosa? —preguntó la señorita, tocándose la peca que tiene a un lado de la boca.

—No, señor.

La señorita Sonia hizo «bfffff» por la nariz y sonrió. Entonces me acordé de que mamá me había dicho que, a veces, cuando las personas

que no son niños se callan, no es que hayan terminado de hablar, sino que paran para no ahogarse o algo, ahora no me acuerdo, así que seguí sin decir nada.

—Y dime, Guillermo —dijo, sacando el aire por la nariz como el gato de la señora Consuelo, que era la portera de casa antes de que nos cambiáramos al piso de ahora—. ¿Por qué te gustaría ser Mary Poppins?

—Porque vuela, señor.

La señorita hizo «mmmm» y luego se rascó la frente un poco.

—Pero los pájaros también vuelan, ¿no?

—Sí.

—Y tú no quieres ser un pájaro, ¿verdad que no? —dijo.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues... porque si fuera un pájaro, no podría ser Mary Poppins.

La señorita volvió a echar el aire por la nariz y como no dijo nada más, nos quedamos callados otra vez un rato largo. Luego arrugó la boca hacia un lado, como hace papá a veces, y carraspeó.

—Y dime —dijo—: ¿por qué más cosas te gustaría ser Mary Poppins?

—Pues... porque tiene un paraguas que habla y una maleta antigua de la que salen muchos muebles gratis... y poderes para que los cajones se ordenen solos... y porque cuando no está trabajando vive en el cielo, aunque también bucea en el mar con los peces y los pulpos.

—¿En el cielo?

—Sí.

La señora cerró los ojos muy despacito. Luego me hizo así en la cabeza, como despeinándome bastante.

—Guille —dijo—. Tú sabes que Mary Poppins es... mágica, ¿verdad que sí?

—Claro.

—Quiero decir que no es como nosotros.

—Sí.

—Lo que quiero decirte es que Mary Poppins es un personaje de cuento, como Superman, o como Harry Potter o Matilda... o Bob Esponja. O sea que existen, pero no existen. ¿Lo entiendes?

—No.

—Pues que no son como nosotros porque solo

existen en la fantasía —dijo. Y también—: O lo que es lo mismo: no podemos tocarlos porque son... inventados.

—Mary Poppins sí que existe.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me miró y sonrió un poco.

—¿Y dónde está?

—Ahora no lo sé, pero vive en Londres, porque allí hablan inglés. Yo la conocí. En agosto, cuando lo del puente de la Virgen, mamá y papá me llevaron de viaje a verla. Vivía en un teatro con sus animales y cantaba. Y cuando terminó y todos se fueron, nos dejó entrar en su habitación y me contó cosas.

La seño se tocó la peca.

—Ajá —dijo. Y después—: ¿Cosas como cuáles?

—Es que son un secreto, seño.

Entonces sonó el timbre que dice que ya llevamos la mitad del recreo gastado y la seño se volvió a mirar el reloj grande que está encima de la pizarra.

—Ya —dijo. Se quedó callada como si pensara muy seria y luego se dio la vuelta—. Bueno,

ahora sal al patio. A ver si no te va a dar tiempo de comerte el bocadillo. —Mientras yo guardaba los libros en el cajón y sacaba el bocadillo de la cartera, ella se fue a su mesa, se sentó y se puso a escribir una cosa en su libreta y yo salí al pasillo. Nazia me esperaba delante de los lavabos. Cuando llegué, me dio la mano y me dijo:

—¿Por qué has tardado tanto?

—Por nada.

—¿Te ha castigado la seño?

—No.

—Ah.

Se apartó un poco el velo rosa de la cabeza y tomó un poco de zumo. Y también dijo:

—Vamos, corre. Quiero enseñarte una cosa.

Sonia

TODO EMPEZÓ la tarde en que decidí hacer la llamada que llevaba posponiendo desde hacía unas semanas.

—Me gustaría hablar con usted de Guille, señor Antúnez —le dije al hombre que me escuchaba al otro lado de la línea. Se hizo un pequeño silencio y enseguida él quiso saber más, pero me limité a aclararle con un tono suave aunque firme—: Si no le importa, preferiría comentarlo con usted en persona aquí, en el centro.

Quedamos en vernos un par de días después. Cuando Manuel Antúnez llegó al colegio, era el turno del almuerzo de los más pequeños y el alboroto procedente de los comedores de la planta baja se oía desde el pasillo. Le esperé en la sala de profesores. Después de estrecharnos la mano, le hice pasar a un despacho más pequeño

que tenemos reservado para las entrevistas con los padres. Manuel Antúnez es un hombre joven y corpulento, de poco más de treinta años, pelo negro, barba descuidada, ojos oscuros y un poco achinados, los brazos fuertes y unas manos grandes de uñas cuadradas. Cuando estuvimos sentados, no se anduvo por las ramas.

—Usted dirá —dijo.

Decidí ser igual de directa.

—Pues verá —empecé—: le he llamado porque estoy un poco preocupada por su hijo.

No pareció extrañarle. En realidad, todos los padres saben que cuando los llamamos a una reunión es porque algo no va bien y suelen venir entre expectantes y a la defensiva, algunos incluso con miedo. Según había podido leer en la ficha de Guille, Manuel Antúnez es mecánico aeronáutico. La ficha también añadía un paréntesis: «(en paro reciente)». Cuando le miré a los ojos, me parecieron tristes.

Antes de que él pudiera decir nada, preferí adelantarme:

—He pensado que quizá podría ayudarme a... descifrar algunas cosas de Guille —empecé.

Arqueó una ceja.

—¿A descifrar? —preguntó, pillado un poco por sorpresa. Enseguida soltó una carcajada seca que no consiguió disimular esos nervios tan típicos de muchos padres cuando vienen a verme durante el curso—. Vaya —continuó, mesándose la barba—. Eso suena casi a detectives, o a serie de polis americana.

Me di cuenta de que no se sentía cómodo e intenté que se relajara.

—Lo que quiero decir es que quizá pueda ayudarme a entender mejor a Guille.

Asintió, a la vez que bajaba durante un instante los ojos. Le sonreí y eso pareció tranquilizarle, porque también él sonrió, aunque tímidamente.

Enseguida vi en la suya la sonrisa de Guille. La mirada era sin embargo muy distinta. En la de Manuel Antúnez había una especie de tristeza que Guille no tenía. O quizá fuera melancolía.

—Vale —dijo, pasándose otra vez la mano por la barba—. Cuente conmigo.

Inspiré hondo antes de volver a hablar.

—Ante todo quiero que sepa que Guille es un niño estupendo y nada problemático. Al contrario: su actitud en clase es inmejorable. No hay déficit de atención, es activo y participativo, op-

timista, muy entusiasta y tiene valores que pueden aportar cosas muy válidas al grupo.

El señor Antúnez inclinó la cabeza a un lado y también suspiró, pero no dijo nada. Esperé. Por fin, pareció reaccionar.

—Sí, Guille es un niño... especial.

—Usted lo ha dicho —dije—. Esa es la palabra: especial.

Noté que se le arrugaba la frente y que tensaba el gesto. Una vez más, hubo algo en su mirada que me puso en alerta. Enseguida vi que su «especial» y el mío no eran la misma palabra. No, no tenían nada que ver.

—No se preocupe —dijo con una mueca de irritación—. Ya sé lo que va a decirme: que es un niño muy sensible, que solo se junta con las niñas y que en vez de jugar al fútbol o al baloncesto en el patio como sería lo normal anda por ahí leyendo cuentos de hadas y todas esas bobadas.

Me tensé. No me gustó su tono de voz. El mensaje tampoco.

—No hace falta que me lo diga —añadió con el mismo tono desagradable, levantando una mano y enseñándome la palma—. Ya nos lo dije-

ron en la otra escuela. Y también que los demás niños estaban empezando a hacerle el vacío, eso cuando no había alguno que se reía de él. —Me miró desafiante. Luego una sombra le veló la mirada—. Es cosa de su madre. Desde pequeño, Guille ha estado siempre demasiado pegado a sus faldas, y bueno... de ahí viene lo de «especial», como usted dice.

Quise cortarle, pero no me dejó.

—Pero eso es pasajero. Ahora que estamos los dos solos, hemos empezado a pasar más tiempo juntos y a compartir más cosas. Ya sabe, de hombre a hombre... Así que si lo que quiere decirme es que Guille es... un poco rarito, se lo puede ahorrar, porque mejor que yo no lo sabe nadie y ya le estoy poniendo remedio.

Tuve que tragar saliva para contener la ira. En ningún caso me había preparado para una situación como la que tenía delante. Manuel Antúnez estaba muy lejos de la imagen que yo me había hecho del padre de un niño como Guillermo. En cuestión de minutos, la sorpresa había dejado paso al asombro. Y el asombro estaba empezando a convertirse en rabia.

—Señor Antúnez, me entristece mucho oír-

le hablar así de Guillermo, la verdad —dije, intentando contenerme—, sobre todo porque esto nada tiene que ver con el motivo de mi llamada. —Me miró y volvió a arquear la ceja, sorprendido—. Sinceramente, si cree que le he hecho venir para juzgar a su hijo, o para descalificarle, siento decirle que se equivoca.

Manuel Antúnez se echó hacia delante en el asiento y se mesó despacio la barba. De nuevo una sombra de tristeza asomó a sus ojos. Fue solo un instante, pero la expresión de la cara se le oscureció por completo. Al verle así, entendí de pronto que me había equivocado creyendo que podía esperar de él una cooperación que evidentemente no iba a llegar, de modo que cambié de estrategia e hice algo que detesto.

Mentí.

—Señor Antúnez, esta conversación no es más que una entrevista rutinaria. Guille es nuevo en el centro y tenemos la costumbre de hacer un seguimiento más cercano de los alumnos recién llegados.

—Ah —dijo, asintiendo despacio.

—Soy consciente de que llevamos poco más de dos meses de clase y de que los niños, sobre todo

a esta edad, reaccionan de maneras muy distintas a un cambio de escuela. Si a eso le sumamos la ausencia de su madre, hay que entender que el proceso pueda resultar más... complejo.

No dijo nada.

—Las separaciones de los padres, sobre todo a la edad de Guille, pueden ser muy difíciles —añadí con una sonrisa profesional.

Él volvió a tensarse y levantó bruscamente la mano, como ordenándome que me callara.

—Bueno, separación, lo que se dice separación... tampoco es eso exactamente —saltó, a la defensiva. Enseguida pareció darse cuenta de que había utilizado un tono demasiado seco e intentó corregirlo—. Lo nuestro es por trabajo. Amanda, mi mujer, es azafata y, bueno..., como las cosas están como están, llevaba un año en paro y en agosto le salió una oferta en una compañía de jets privados de Dubái. No tuvimos mucha elección, la verdad. Tal como está el patio, y después de haberme quedado yo en la calle... Imagínese. —Y antes de dejarme preguntar, añadió—: Pero es algo temporal. De momento serán solo seis meses.

Nos miramos durante un par de segundos sin

decir nada. Al ver que el silencio se alargaba y él no parecía dispuesto a decir más, intervine.

—Entiendo —dije—. Desgraciadamente, cada vez conozco más casos —añadí con tono conciliador. Él bajó la mirada durante un segundo—. No me malinterprete, señor Antúnez. Solo quiero decirle que Guille ha tenido que asimilar dos cambios muy importantes y muy repentinos, y que hay algunas... cosillas en su actitud diaria que me resultan llamativas, nada más. Por eso he pensado... ¿cómo decirlo? Hacerle un seguimiento más detallado, ya que la escuela ofrece esa posibilidad.

—¿Un... seguimiento?

Inspiré hondo.

—Sí —dije, mirándole a los ojos—. Creo que sería bueno para Guille tener una entrevista con la orientadora del centro.

—¿La... orientadora?

Asentí.

—Eso he dicho, sí.

Bajó durante un segundo la mirada y cerró las manos sobre la mesa. Me pareció verle un tatuaje en la muñeca, una especie de inscripción que se perdía brazo arriba por debajo de la camisa.

Adiviné lo que venía a continuación y me preparé para oírlo.

—Mire, señorita Sonia, no se lo tome a mal, pero mi hijo no necesita ninguna orientadora —dijo, volviendo a levantar la vista. Y luego, casi como si hablara consigo mismo, añadió entre dientes—: Mi hijo a quien necesita es a su madre.

Supe entonces que no me había equivocado al convocarle a la entrevista y supe también que no le dejaría salir de mi despacho sin que me hubiera dado su aprobación para que Guille tuviera esa primera sesión con María, nuestra psicóloga.

Así que decidí añadir una marcha más a la conversación y echar mano de mi plan B.

—Señor Antúnez, creo que hay un par de cosas que le gustaría saber —dije.

Él me miró con desconfianza. Su mirada era la de un padre que quiere saber pero que no quiere oír.

Desde hace unos años, en que las cosas están como están, cada vez son más los casos como el de Manuel Antúnez: padres con demasiados problemas para salir adelante, demasiado preocupados por el día a día y por poner solu-

ción a lo más cotidiano como para cargar con más peso en sus mochilas. Manuel Antúnez se encogió de hombros.

—Estoy segura de que le interesarán —insistí.

Inclinó la cabeza a un lado y parpadeó. Con la mano derecha se acarició el tatuaje que le asomaba bajo la manga del brazo contrario. Fue un gesto de duda.

—Créame —insistí.